

PARAFRASIS DE LA ODA III DE HORACIO, LIB. I.

Apostrofando el poeta á la nave en que Virgilio se embarcó para Atenas, se explaya, á continuación, en varias reflexiones sobre la osadía de los hombres, y la temeridad de sus empresas.

(Se dedica este corto trabajo literario, como un comprobante de sincera estimación, al distinguido humanista y eminente hombre de Estado, Sr. Dr. Don. Pablo Herrera, Vicepresidente de la República.)

Mientras á otras regiones
Con Virgilio te alejas,
Y en cuitas dolorosas
Lamentando me dejas,
Te ruego ¡ oh nave ! que benigna ampare
En tu larga y penosa travesía
A ese claro varón y noble amigo,
Mitad del alma mía.
Así de Chipre amable
La Deidad poderosa
Con los gemelos de la hermosa Helena,
Faros de luz serena,
Y el padre de los vientos,
Conteniendo el impulso formidable
De los más violentos,
Caminar te permitan solamente
Del favonio amoroso al blando ambiente.

El que primero se lanzó á las olas
En frágil navecilla,
Debió tener sin duda
El pecho audaz y fiero
De roble duro ó de fornido acero.
¿Cómo es que mirar pudo,
Sin turbación ni espanto,
Las Híadas llorosas,
Y la furia del Bóreas inclemente
Que traba con el Abrego vehemente
Contenidas horrorosas?
¿Cómo fijó sus ojos
En el Noto, señor del golfo inestable,
Que algunas veces suele
Peinar del Adria la flotante espuma

Suavemente soplando,
Y otras su saña ostenta
Hórridas olas impetuoso alzando?
¿Qué género de muerte ó qué desastre
Aterrar pudo al temerario nauta,
Que, por la vez primera,
Miró del ponto las hinchadas olas,
Y sobre ellas nadando
De innumerables monstruos tropa ingente?
¿Cómo tanquilo se mantuvo, viendo
Su bajel y su vida
A los rayos expuestos y á las sirtes
De Albania maldecida?
En vano un Dios, con su poder inmenso,
Puso murallas entre mar y tierra.
¿Qué importa ? si audazmente
Naves impías batallando rompen
Del ponto la corriente.
Ya no hay cosa imposible ni difícil
Para el hombre ambicioso;
Resuelto y firme á todo se despeña
El humano linaje presuntuoso.
El hijo aciago de Japeto, un día,
Con atrevida mano,
Robó del alto alcázar
El ominoso fuego;
Por cuyo crimen difundióse luego
En la tierra espaciosa
Avenida de fiebres perniciosa,
Y la pálida muerte, que tardía
En otro tiempo caminar solía,
Para colmo de males y fracasos,
Aceleró sus pasos.
Icaro necio, con ineptas alas,
Que al hombre nunca fueron concedidas,
Alzóse ufano á las etéreas salas;
Y Alcides laboriso,
Volcando muros; con audacia loca,
Penetró en las regiones
Del Orco pavoroso.
Rebeldes é insensatos,
En pugna asidua con los cielos mismos,
Agregamos maldades á maldades,
Y Jove soberano, despidiendo
Rayos y tempestades,

Por nuestra vida de atentados llena,
Airado siempre contra el orbe truena.

Tomás Rendón.